

Por G. PAJARES - Madrid

Una llamada tras otra y un fotógrafo que se marcha de su casa y otro que llega. Valcárcel Medina no da abasto. «Mañana ya no vendrá nadie», dice con un punto, pequeño, de melancolía. José María Lassalle le comunicó ayer que era el nuevo ganador del Premio Velázquez 2015. Es la antítesis del glamour, del mercado y del postureo artístico tan en boga. Nació en Murcia en 1937 y creció al frío de una España ciertamente dura en la que muchos de sus postulados creadores, por no decir casi todos, no se entendían entre a medias y nada. Hizo del conceptual su feudo (aunque jamás se apropió nada, pero ¿qué no es conceptual?) y siguió adelante. Esther Ferrer, que obtuvo el galardón el año pasado, le ha dado el testigo de premiado transgresor. Cada uno de ellos ha sido como un islote en un panorama en el que todo tiene precio. A día de hoy, el que fuera reconocido ya con el Nacional de Artes Plásticas en 2007 y el que concede la Fundación Arte y Mecenazgo en 2011 es literalmente venerado por las jóvenes generaciones. A él le

Isidoro Valcárcel Medina, un artista al margen de los cánones y la ortodoxia, se hace con el más conceptual Premio Velázquez

«NI VIVO NI HE HE VIVIDO DE VENDER ARTE»

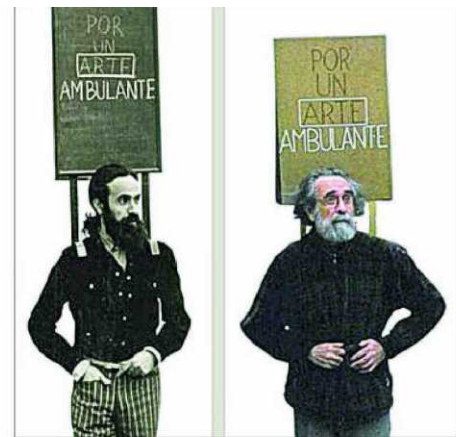
parece estupendo, «por su predisposición hacia la implicación. Siempre los recibo con sumo contento porque se aprende más de los jóvenes que de los viejos».

EL PRECIO DEL ARTISTA

Cree en el compromiso del arte, «aunque siempre existirá una zona que es nido de los aprovechados, en el mal sentido de la palabra. La otra acepción es la que debe de ser». Ha recibido el premio con enorme alegría y aún le cuesta creer ese tráfico en el que se ha convertido su céntrica vivienda con un trípode por aquí, un foco por allá y un teléfono fijo que no da tregua. «Es un manicomio», dice.

Habla de prestigios fatuos y de medallas permanentes: «El mercado es un disparate y también lo son

los prestigios inamovibles de ciertos artistas que repiten durante cincuenta años una fórmula por que les funciona y así permanecen en el candelerero», suelta. Con Esther Ferrer le unen más cosas que le separan. Le precedió en el galardón y el Premio Nacional lo recibieron parejos. «Parecía que los jurados se animaban, sí, a romper la tendencia anterior un poco, pero después las aguas volvieron a su cauce», dice. ¿Ha hecho realmente lo que ha querido? «Sí, lo que me ha dado la gana. He sido un artista tan incómodo como cómodo». ¿Todo artista tiene un precio? «Vaya pregunta que me hace. Requiere una contestación que me va a ocasionar enemistades con más de un artista y más de dos, de los que no voy a dar el nombre. En



COMO SIEMPRE. El arte es concepto para él. Siempre se ha movido en la misma órbita, como dejan claro estas imágenes de 1976 (izda.) y 2011

absoluto y en modo alguno le respondo. También hay quien no quiere tenerlo. Y yo quiero que sea mi caso», asegura. «No vivo ni nunca lo he hecho de vender arte. He pasado de ese sector». Todavía no sabe lo que hará con los 100.000 euros del premio, pero «los voy a utilizar, por supuesto. Me alegra y me gusta este reconocimiento. Yo ya sabía que lo que hacía en los 60 y los 70 no iba a tener un refrendo, que estaba fuera de madre. De ello

siempre fui plenamente consciente», reconoce. Como de que pasado un tiempo, unas horas apenas, volverá a la normalidad de un artista al que el jurado ha reconocido «su sólida y coherente trayectoria y sobresaliente aportación al arte desde el compromiso ético, político y social». ¿Isidoro, qué opina de Banksy? «Cumple su papel. Se ha buscado una ocupación y trabaja en ella. Y con todo el derecho que tiene».